





libro para relacionarte con otros; la literatura como algo social), trabajando solo como un pelotudo para hallar algo distinto, algo trascendente... Si estás en armonía con el mundo no lo haces ni loco. No lo necesitas. Lo que haces con el odio –y yo tengo un resentimiento social muy grande– es convertirlo en un puente hacia tu entorno. Da más lástima todavía [ríe]. Me encantaría poder decir que el odio de mi literatura pone una bomba en la conciencia de la sociedad, porque eso me situaría en un rol proactivo [ríe]. Pero con ese odio en realidad uno intenta hallar un rincón donde meterse, como una alimaña [ríe].

– Hay escritores que sí se relacionan bien con su entorno, son simpáticos y están cómodos en las fiestas. Por supuesto, sus novelas apestan.

– Eso es lo que no entiendo. El que emprende una acción está tratando de tapar un agujero que tiene adentro. Si alguien realiza el esfuerzo de escribir un libro, alguna razón tendrá, por banal que sea; pero a mi juicio escribes cuando no puedes comunicarte de otro modo. Me ofenden personalmente los tipos felices que escriben novelas. Podrían estar

haciendo otra cosa, pasándolo bien [ríe]. La única literatura que me interesa es la que viene de la incapacidad de conectar. Solo sintonizo con un libro si viene de esa soledad.

– Melgno admite su deseo de «ser una persona común».

– Tras la dialéctica del odio al otro se esconde siempre el «por favor, acéptenme». El libro empieza con Melgno siendo un monstruo (incluso se dice que le han visto levitar), y termina con él queriéndose perder en el montón. Ni siquiera busca reconocimiento, ni perdón. Quiere desaparecer. Ser uno más. Es conmovedor.

– «Tu madre puso todo lo que tuvo para que tú tengas un trastorno mental severísimo», escribe. A la hora de buscar motivaciones para un crimen, ¿el entorno familiar es crucial?

– Sí. Una entrada muy poco amable al mundo. Melgno vivía en un entorno agresivo y no tenía protección contra esa agresión. Cuando uno tiene donde irse a guarecer, incluso si sufre violencia todo el tiempo, ese simple hecho certifica que lo que le están haciendo está mal. Uno ubica que lo que deberían hacer es prote-

“

«El asesinato en masa es la conciencia de la sociedad que se revuelve. El asesinato en serie es más escabroso, tiene razones sutiles»

gerle, no violentarle. Ricardo no tuvo esa referencia. Estuvo a disposición constante de una figura muy invasiva y poco protectora. Una psiquiatra dice que las creencias religiosas de Ricardo son el único elemento de protección que pudo rescatar de la imagen materna. Hay una soledad constituida de Ricardo, cuya infancia se basó en resistir la locura de la madre. No tuvo un lugar donde buscar esa normalidad.

– Ni siquiera la rebeldía adolescente o la delincuencia juvenil, lugares poco amables pero que otorgan un poder.

– Efectivamente. Al menos la violencia va a saltar en algún momento, el conflicto subirá a la superficie... En Melgno, la violencia brota contra su voluntad. Él lo que quería era convertirse en un cascote [ríe]. Su salida no era molestar a los vecinos, sino encerrarse en casa. Su impulso primario es más aislacionista que de intervención.

– Cuando le preguntan si celebraba que había pasado «algo importante» tras cada muerte, Melgno responde que celebraba que «había pasado algo». ¿Ese tedio terrible está detrás de muchos asesinatos en serie?

– Los asesinatos masivos son la conciencia de la sociedad que se revuelve. El asesinato en serie es más escabroso, tiene razones más sutiles y construcciones mentales más complejas. El asesinato en masa es perfectamente compatible con la sociedad. De hecho, es como una función fisiológica de esa sociedad. Ni siquiera es una epidemia, que implicaría una enfermedad. Es más como cagar o vomitar. Un intento regular de eliminar un elemento dañino de tu cuerpo. Por eso los asesinatos masivos son mucho más frecuentes que los asesinatos en serie. Es una reacción social limpia.

– ¿Estos nueve años le han cambiado?

– Me vino bien el reconocimiento de *Bajo este sol tremendo*. Me ayudó sentir que no era un fracaso. Que me lo dijera Jorge Herralde, de Anagrama, la editorial que me enseñó a leer (con los primeros de Bukowski), fue muy importante. Alguien que yo respetaba de un modo jerárquico ratificó que lo mío tenía valor. Ahora estoy menos dolido, más mayor, aunque nunca me terminaré de arreglar con el mundo. Siempre estaré en una posición incómoda con las cosas. =